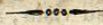


tarle por el feliz desenlace de su causa; interés que de ningún modo extrañaba, visto que él había experimentado otro igual por el rey. Mezclóse su sorpresa con el gozo; porque antes de salir de la sala de justicia se le había dado á entender que haría bien en volverse á su castillo, sin presentarse en la corte: restriccion que suponía tan opuesta con los sentimientos de Su Magestad como con los suyos.

Mientras que consultaba con Lance-Outram sobre el modo de limpiar pronto su cinturón y el puño de la espada, tuyo lady Peveril algun tiempo para informar á Julian de que Adelaida estaba bajo su proteccion en virtud de la autoridad de su padre, el mayor, quien había dado su consentimiento para que se casaran, si podía tener efecto. Añadió á esto que había formado el designio de valerse de la mediacion de la condesa de Derby para vencer las dificultades que pudieran resultar por parte de sir Geoffrey.



CAPITULO XIII.

A nombre del rey lo mando:
Vayan la espada envainando.
SHAKSPEARE. *El Critico.*

Quando el padre y el hijo entraron en el gabinete donde dejamos al rey, era facil ver que sir Geoffrey había obedecido á la orden que se le dió con la prontitud que lo hubiera hecho, si oyese tocar á montar. Los cabellos canos en desorden y los vestidos poco esmera-

dos probaban tanta presteza como el celo que habia mostrado cuando Carlos I le enviaba á llamar para un consejo de guerra; pero no era esto enteramente lo que exigia el decoro en tiempo de paz para los cuartos del rey. Paróse á la puerta, pero, luego que Carlos le mandó avanzar, se fué á él con el mismo entusiasmo y los mismos trasportes que tenia en su juventud, arrodillóse delante del rey, le tomó la mano, y aun sin tratar de hablarle, derramó un torrente de lágrimas. Carlos, cuyas sensaciones eran vivas en tanto que tenia delante cualquier objeto que pudiese causarle impresion, dejó al anciano entregarse por algunos instantes á la sensibilidad, y le dijo despues: — Amigo mio, Sir Geoffrey, le han tratado á vm. con dureza, debemos indemnizarle, y procuraremos pagar lo que debemos.

— Yo no he padecido nada, señor, Vuestra Magestad no me debe nada, me importaba muy poco lo que los pícaros decian de mí; yo sabia que nunca podrian hallar doce hombres de bien que creyesen sus malditas mentiras. De buena gana los hubiera batido, cuando me

acusaban de traidor á Vuestra Magestad, con- vengo en ello, pero el tener la ocasion tan pronta de rendir el homenaje á mi rey, es una indemnizacion muy grande. Los cobardes querian persuadirme que no me presentara en la corte.... ¡Ah! ¡ah!

El duque de Ormond advirtió que el rey se ruborizó; porque, en efecto, de orden suya se habia dado á entender á sir Geoffrey que haria bien de volver á su casa sin parecer por White-Hall; y creia notar ademas que el bravo caballero no se habia levantado de la mesa sin remojar bien la palabra, despues de las fatigas de un dia tan fertil en sucesos. — Amigo mio, le dijo al oido, vm. se olvida de que su hijo debe ser presentado á Su Magestad; permitame vm. tener esta hora.

— Pido perdon humildemente á Vuestra Señoría, respondió sir Geoffrey; pero es un honor que me reservo, visto que nadie puede ofrecerle y consagrarle al servicio de Su Magestad mejor, que el padre que le dió el ser. Avanza, Julian, y ponte de rodillas. Señor, si lo permite Vuestra Magestad, aquí está Julian Peve-

ril, un retoño del viejo tronco, la madera es tan buena, aunque el árbol no sea tan alto. Acepte Vuestra Magestad sus servicios, señor: él será fiel á su rey; él será de Vuestra Magestad en vida y en muerte, como dicen los Franceses. Si tiene miedo al hierro ó al fuego, al hacha ó la cuerda, cuando se trate de servir á Vuestra Magestad, le reniego, no es mi hijo, le desconozco, y él puede irse á la isla de Man á la de los Perros, ó á la del Diablo, que poco me importa.

Carlos miró á Ormond, y habiendo expresado con su ordinaria cortesía, su perfecta convicción de que Julian imitaria la lealtad de sus antepasados, especialmente la de su padre, añadió creía que el duque de Ormond tenía algo que decirle interesante á su servicio. Sir Geoffrey saludó á lo militar, y se retiró donde estaba Ormond, quien comenzó á preguntarle sobre los sucesos del día. Entre tanto, Carlos, despues de haberse asegurado por algunas preguntas, que el hijo no había sacrificado á Baco como el padre, le dijo que le hiciera una relacion exacta de lo que le ha-

bía sucedido desde que había salido de la sala de justicia.

Julian refirió lo que se le mandó con la precisión y claridad que requería un asunto como este y la presencia de su soberano; y ya llegaba á la venida del mayor Bridgenorth, cuando el rey, que le había oído con gusto, le interrumpió para decir á Arlington, que se felicitaba de oír por fin la declaracion de un hombre de buen juicio acerca de estos acontecimientos misteriosos. Pero cuando fué preciso presentar á Bridgenorth en la escena, Julian estuvo perplejo en nombrarle; y si habló de la capilla que había visto llena de hombres armados, y de los discursos violentos del predicador, procuró añadir que sin embargo estas gentes se habían separado sin cometer exceso alguno, y que se habían dispersado antes de dar libertad á su padre y á él.

—Y vm. se fué con sosiego á comer á Fleet-Street, joven, dijo el rey con severidad, sin avisar á ningun magistrado del conciliábulo peligroso que se había celebrado no lejos de

nuestro palacio, por gentes que no trataban de ocultar sus intenciones criminales?

Julian se avergonzó y no respondió nada. El rey frunció las cejas y llamó á Ormond á parte para informarle de este incidente. El duque le respondió no le parecia que el padre supiese algo de esto.

— Y yo siento, dijo Carlos, tener que decir parece el hijo menos dispuesto á decir la verdad de lo que yo habia creído. Tenemos en este negocio singular testigos no menos singulares: en el enano, un testigo sin meollo; en el padre un testigo embriagado, en el hijo, un testigo mudo. — Joven, continuó acercándose á Julian, esa conducta no es tan franca como yo esperaba del hijo de tal padre. Es preciso sepa yo quien es ese hombre con quien ha conversado vm. con tanta familiaridad: debe vm. conocerle.

Julian convino en que le conocia; y, inclinando la rodilla delante del rey, pidió le perdonara el no nombrarle, pues que con sola esta condicion se le habia dado la libertad.

— Segun lo que vm. mismo dice, respondió

Carlos, esta promesa se le exigió á la fuerza y no puede ser obligatoria. Es en vm. un deber el decir la verdad. Si teme vm. decirlo delante del duque de Buckingham, se retirará.

— No tengo yo motivo ninguno porque temer del duque de Buckingham, respondió Julian, si yo he tenido que hacer con alguno de su casa, este hombre tuvo la culpa y yo no.

— ¡Eh! ¡Eh! exclamó el rey; comienzo á ver claro, Me parece que no me es desconocida esa fisonomía. No es vm. el joven que yo vi en casa de Chiffinch un cierto dia por la mañaua? No habia vuelto más á pensar en esto; pero ahora me acuerdo de que me dijo vm. entonces que era hijo de este festivo baronete cuyos cabellos blancos cubren ahora lo menos tres botellas de vino.

— Es verdad, respondió Julian, que vi á Vuestra Magestad en casa del señor Chiffinch, y creo tuve la desdicha de haberle disgustado; pero...

— Pasemos esto por alto, joven, pasémoslo por alto. Pero me acuerdo que estaba con vm. aquella linda sirena bailarina... Buckingham apuesto á Vuestra Señoría oro contra

plata que era ella la que debia estar en la caja del violon.

— Acertó justamente Vuestra Magestad, respondió el duque, y sospecho que ella me ha dado el chasco, de poner el enano en su lugar, porque Christian...

— ¡Qué demonio de Christian, que su nombre se oye por todas partes! exclamó Carlos. Quisiera que me le presentaran al momento.

Apenas manifestó este deseo, cuando anunciaron que llegaba Christian.

— Que entre, dijo el rey. Pero se me ocurre un pensamiento. Oígame vm., Peveril. Esta bailarina que le introdujo á mi presencia por su agilidad singular, ¿no estaba, segun dijo vm., al servicio de la condesa de Derby?

— La he conocido muchos años en casa de Su Señoría, señor.

— Pues bien, que venga la condesa. Debo yo saber quien es esta hada pequeña, y si está ahora á la disposicion de Buckingham y de ese Christian. Por otra parte importa que sepa la condesa todo lo que ha pasado, visto que dudo cuide ella mucho de conservarla en su

servicio. Despues, dijo aparte, este Julian, que se hace sospechoso en este negocio, por su obstinacion en guardar silencio, forma tambien parte de la casa de la condesa. Quiero ver todo lo que hay en esto y hacer justicia al que tenga derecho.

La condesa de Derby, á quien se advirtió al instante, entró por una puerta, al tiempo que Christian por la otra, acompañado de Zarah ó Fenella. Sir Geoffrey, que se había entonces arrimado al rey; estaba rabiando por saludar á su antigua amiga, y el respeto debido á la presencia del soberano apenas hubiera podido impedirselo. Pero Ormond le pasó amistosamente la mano por el brazo para contenerle, y el anciano caballero se resignó á esta oposicion amistosa.

La condesa, despues de haber hecho al rey una reverencia profunda y un saludo gracioso á los señores circunstantes, se sonrió con Julian, y se vió como sorprendida de la aparicion inesperada de Fenella. Buckingham se mordió los labios, porque consideró que la presencia de lady Derby iba á desconcertar todos sus

preparativos de defensa, y echó una mirada á Christian, cuyos ojos, fijos en la condesa, echaban rayos de furor como los de la vívora, y cuya frente estaba casi negra por el efecto de una rabia reconcentrada.

—¿Hay aquí alguno á quien conozca Vuestra Señoría ademas de los amigos antiguos Ormond y Arlington?

— Veo aquí, señor, respondió la condesa, dos amigos antiguos de la casa de mi marido, sir Geoffrey Peveril del Pico y su hijo, siendo este último un miembro distinguido de la casa de mi hijo.

— ¿Y á nadie mas? preguntó el rey.

—Una desgraciada joven que hacia parte de mi casa y desapareció de la isla de Man el mismo día en que Julian Peveril partió con una mision importante. Habiase creído que cayó en el mar desde lo alto de la roca.

— Disimuleme Vuestra Señoría que haga tal pregunta, milady; ¿pero nunca ha conocido Vuestra Señoría que hubiese relaciones demasiado íntimas entre este Julian Peveril y la joven criada?

— Señor, respondió la condesa indignada, la reputacion de mi casa...

— No se incomode Vuestra Señoría, condesa, solo queria saber... cosas tales suceden en las casas mejor dirigidas.

— No en la mia, señor. Ademas que Julian Peveril tiene demasiado orgullo y honor para tener inteligencia con una criatura desgraciada, separada al parecer por enfermedades naturales del resto de los hombres.

Zarah la miró, y apretó los labios, como para contener las palabras que deseaba pronunciar.

— No sé qué pensar de esto, dijo el rey. Lo que se me dice puede ser verdad en el fondo, pero hay hombres que tienen gustos extraños. Esta desaparece de la isla de Man cuando sale de ella Julian Peveril; y apenas llega á Londres, cuando se la ve con él, saltando y danzando en el parque de San James.

— ¡Bailando! exclamó la condesa; ¡es imposible, señor! No puede bailar.

—Yo tengo una idea, condesa, dijo el rey, de

que puede hacer mas de lo que sabe Vuestra Señoría, y mucho que no aprobaria.

La condesa hizo un movimiento y guardó un silencio que manifestaba su indignacion.

— Apenas estaba el joven Peveril en Newgâte, prosiguió el rey, cuando segun nos ha contado nuestro amiguito y venerable sir Geoffrey Hudson, ya se halló allí esta muchacha divertida. Ahora pues, sin tratar de adivinar cómo ella pudo entrar allí, creo caritativamente que tenia un gusto demasiado fino y que no podia ir á causa del enano. ¡Ah! ah! caballero Julian, ¿parece que la conciencia escarba un poquillo?

Es verdad que Julian se habia estremecido al oír hablar al rey de este modo, porque se acordaba de las visitas misteriosas y nocturnas que se le habian hecho en la carcel.

El rey fijó en él la vista y continuó en estos términos: — Pues bien, señores, se presenta en juicio este mismo Julian, y tan luego como queda en libertad, le hallamos en la casa donde el duque de Buckingham disponia lo que él llama concierto, ó diversion. Por mi

vida, que yo miro como positivo que esta pica-rilla ha jugado una pasada á Su Señoría, metiendo al enano en la caja del violon, con el fin de pelar la pava con el caballero Julian. ¿Qué piensa de esto Christian, hombre que se halla en todo como la mala ventura? ¿Le parece fundada mis conjeturas?

Christian miró á hurtadillas á Zarah y leyó en sus ojos algo de turbacion.

— No lo sé muy bien; respondió él. Lo cierto es que yo invité á esta danzarina sin par, para que hiciera su papel en el pasá tiempo. Tenia que aparecerse en medio del fuego artificial, preparado con perfumes para neutralizar el olor de la pólvora; pero yo no sé por que ella lo ha trastornado todo poniendo en su lugar al feo enano, á no ser porque como todos los de gran talento, es caprichosa.

— Quisiera, dijo el rey, que se acercara esta muchacha, y que hiciera su declaracion del modo que mejor pudiera sobre este negocio misterioso. ¿Hay aquí alguno que pueda explicar sus gestos?

Christian dijo que él comprendia alguna

cosa desde que la habia conocido en Londres.

La condesa calló, pero como el rey se dirigió á ella, dió á entender con sequedad debia ella tener algunos medios habituales de comunicacion con la muchacha, y que era esto muy natural, pues habia estado á su lado tantos años.

— Por todo lo que ya sabemos, dijo Carlos, yo debo creer que Julian tiene la verdadera clave del lenguaje de esta muda.

El rey echó la vista primero en Peveril que se sonrojó como una doncella por lo que indicaba la observacion del rey, y despues en la supuesta muda cuyas megillas presentaron un encarnado que comenzaba á retirarse.

Un poco despues y á una seña de la condesa, se acercó Zarah, inclinó una rodilla delante de ella, la besó la mano y se quedó de brazos cruzados con un exterior tan humilde, que formaba tanta diferencia entre lo que habia parecido en el haren del duque de Buckingham, como la que hay entre una Magdalena y una Judith. Esto fué, sin embargo la menor prueba que dió de lo versatil de sus talentos, porque

representó con tanta naturalidad el papel de muda, que Buckingham, con toda su penetracion, dudó si la muchacha que veia, era la misma que con traje diferente, habia hecho tal impresion en su imaginacion, ó era ciertamente el ser privado de los dones mas preciosos de la naturaleza cuyo papel hacia. Se advirtieron en ella todas las señales que caracterizan la privacion del oido, y todo lo que prueba la habilidad con que la naturaleza sabe algunas veces repararla: ningun sonido daba movimiento á sus labios, nada de lo que se decia junto á ella parecia causarle la menor alteracion; pero su vista penetrante parecia devorar los sonidos de que no podia formar juicio sino por el movimiento de los labios.

De las preguntas que á su modo hizo la condesa resultó que Zarah confirmaba la historia de Christian en todas sus partes, confesando que ella frustrara el proyecto de la diversion, haciendo entrar al enano en la caja del violon donde ella tenia que meterse, pero sin querer dar la razon de haber obrado así, por lo que la condesa no insistió mas en inquirirla.